



# Costura, maternidad y economía familiar

Iara Sofía Patiño Marroquín

Cuando tenía 10 años, y vivía en un mundo de muñecas, una persona muy importante y especial en mi vida me obsequió cualquier cantidad de *Barbies*. Al ver a esa persona amante de la costura e inspirada en su trabajo, me animé en hacerle la ropa a mis muñecas, al punto en que pedía máquinas de coser y escogía el tipo de tela para sus vestidos. Me le acercaba y le preguntaba cómo podría hacer una falda, una blusa, o cualquier prenda para ellas. Esta persona, con su espléndido amor, me daba todas las indicaciones posibles. Esa mujer que siempre tuvo la complacencia de dedicarme tiempo, de explicarme cómo podría coser con una simple aguja, y que hasta el día de hoy me hace alguna ropa, es mi madre. Es de ella de quien hablaré en este escrito.

Aunque mis abuelos querían darle a mi madre una vida con más posibilidades, mi mamá tuvo una infancia con dificultades económicas. No podían comprar la ropa que ella hubiera querido; razón por la cual su hermana mayor de vez en cuando le hacía un vestido. Sin embargo, los vestidos que le hacía no eran apropiados para su edad (12 o 13 años) sino que eran modelos de mujeres adultas y extremadamente largos, ella se los ponía sin mucho agrado pues no había más que ponerse. Por esta razón, desde muy joven, decidió estudiar en paralelo con el colegio y realizar cursos de contabilidad que allí se ofrecían en horario nocturno, de manera gratuita. Posteriormente, se integró los días sábados a un curso de modistería que brindaba la junta de acción comunal del sector en el que vivía. A pesar de la difícil situación económica de sus padres, el señor José de Jesús Marroquín, su papá, al ver el deseo de su hija por aprender el arte de la confección, quiso incentivarla y haciendo un enorme esfuerzo le regaló una máquina de coser para que hiciera su propia ropa.

Este grandioso regalo, recibido a la edad de 15 años, le permitió desarrollar su creatividad, dibujar diferentes estilos de prendas de vestir. Desde luego, le sacó provecho y comenzó a arreglarles la ropa a sus propias amigas. Gracias a esto obtuvo unos ingresos que iban dirigidos al aporte de la casa, a los pasajes de bus para ir en busca de trabajo, a la compra de telas para la elaboración de prendas y, desde luego, a darse gustos básicos como comprar unos aretes, una pulsera o un collar.

A comienzos de la década de los 80 se vio en la obligación de dejar los estudios y buscar trabajo. Pero, como era una joven menor de edad, sin bachillerato y sin ninguna experiencia laboral, pasó por varios empleos; desde ser vendedora puerta a puerta, auxiliar de oficina en la terminal de transporte (con un abogado que nunca le pagó su sueldo), armar cajas para empacar mercancía hasta que llegó a ser auxiliar de oficina en una empresa que fabricaba lámparas para exteriores e interiores llamada Industrias Ocampo.

Durante este tiempo trabajó de día y estudió de noche para recibir el título de secretaria auxiliar contable a los 21 años de edad. Como el sueldo era tan bajo, ella continuó repartiendo hojas de vida, hasta que la llamaron de una empresa de confecciones y fue allí donde se enamoró más del diseño de modas, pues le tocó manejar el personal, las ventas y las compras. Al poco tiempo le asignaron una secretaria personal y fue en ese momento que pudo terminar su educación y continuar los estudios de diseño de modas en un prestigioso instituto de Cali llamado Esmoda.

El gerente del banco con quien trabajaba la empresa de confecciones donde laboraba mi mamá, quien confiaba en sus capacidades, le ofreció un empleo que pagaba mejor y le permitía flexibilidad

horaria para continuar sus estudios. Trabajó en Remolques Dial durante cuatro años, período en el que logró alcanzar el título de Diseñadora de Modas. Este tiempo se caracterizó por intensas y exigentes jornadas académicas, largas horas de traspaso estudiando y presentando trabajos en desfiles (los cuales eran en horario nocturno), que implicaban llegar traspasada al trabajo. Sin embargo, mi mamá narra que fue feliz por poder hacer aquello que amaba. Además, paralelo a su trabajo y a su estudio, montó un negocio de venta de ropa en La 14 de Calima, donde le alquilaron un local y dio apertura a un almacén llamado *Taffareli Moda*, enfocado a la comercialización de ropa femenina. Alguna de esta ropa era confeccionada por mi mamá, mientras que otra se encomendaba a diferentes modistas.

Un suceso muy triste frenó sus actividades laborales ya que, luego de un pavoroso accidente en moto, sufrió cerca de 13 fracturas en todo su cuerpo: desde el dedo del pie hasta la punta de la cabeza. Algunas de esas fracturas ocurrieron en el fémur, tibia, peroné, maxilar inferior, varias costillas, y demás partes del cuerpo. Quise relacionar este hecho porque debido a esto tuvo una incapacidad de dos años durante los cuales su actividad como costurera quedó suspendida. Su familia no le prestó apoyo económico y se vio en la obligación de cerrar el almacén ya que las ventas decrecieron y dejó de ser un negocio rentable.

Hace 16 años tuvo la posibilidad de adquirir una máquina industrial. Esta mujer dedicada, fuerte y luchadora, nunca frustró la idea de continuar su vida en relación con la industria textil, esa era su pasión, ese era su llamado. Luego de un tiempo logró conseguir varias máquinas de coser y emplear operarias. Con su trabajo ha sostenido a sus dos únicas hijas, mi hermana Sari y yo, dándonos

la posibilidad de estudiar, practicar un deporte como el patinaje (que es un deporte costoso por los viajes que implica pertenecer a la Liga). Gracias a su trabajo logró comprar un carro nuevo, pensando en el beneficio que nos traería a las tres; en él me transporto todos los días a la Universidad, llevo a mi hermana a entrenar y llevo a mi mamá donde ella necesite ir, ya que soy la única de las tres que sabe manejar.

Mi mamá es quien responde por nosotras económicamente. Además, confecciona nuestra propia ropa, nos hace arreglitos, pero en especial, lo que más valoramos es que nos diseña nuestros vestidos de fiesta. Es una labor muy bonita, porque ella es la que se encarga de nuestro vestir, dándonos consejos de como debemos ir presentadas a diferentes eventos, ya sean fiestas, entrevistas, conferencias, o a centros comerciales, etc. No todas las niñas tienen el privilegio de tener una mamá que se dedica a este oficio de la confección.

Actualmente se dedica a confeccionar uniformes para colegios de Buenaventura y Chocó, también ropa sobre medida y atiende los pedidos de algunos almacenes. Un privilegio que tenemos mi hermana y yo es que mi mamá trabaja desde la casa y ha podido cuidarnos mientras trabaja. Al respecto mi mamá comenta: “es muy duro hacer las dos cosas simultáneamente, pero me siento muy feliz y orgullosa de haber estado siempre al lado de tu hermana y de ti, porque son dos excelentes hijas, nunca he pensado en cambiar mi lugar de trabajo, mi tranquilidad es estar con ustedes dos”.

Antes de morir, mi abuela tejía con lana y crochet y hacia individuales para la mesa, o para el televisor. Me entretenía mirando a mi abuela mientras que ella me explicaba algunas cosas, de las cuales no me

*“mi meta es en este momento  
sacarte a tu hermana y a ti, como  
dos personas profesionales con  
el fruto de mi trabajo”*

acuerdo muy bien porque estaba muy pequeña. Mis dos tías, ambas mayores que mi mamá, también saben modistería y la hija de una de ellas al ver que mi mamá hacía moldes y confeccionaba se inclinó por esta profesión y actualmente vive en Palmira confeccionando ropa interior y pijamas para mujer y hombre. Sumando que, tiene su propia marca, vende al por mayor y tiene su almacén junto con su esposo, quien hace estampados. Hago mención de este acontecimiento porque ellos afirman que están muy agradecidos con mi mamá ya que ella los ha apoyado y direccionado en este mundo de la ropa.

Mi madre nunca nos ha exigido que hagamos lo mismo que ella, pues nos dice que debemos estudiar lo que nos guste y hacerlo de corazón. Del mismo modo, dice que “mi meta es en este momento sacarte a tu hermana y a ti, como dos personas profesionales con el fruto de mi trabajo”. A largo plazo, después de que Sari y yo nos graduemos, y ella no tenga tanta presión económica, me cuenta que quiere sacar su propia colección, aunque ya lo hace para un punto de venta que tiene, lo quiere hacer a una escala mayor.

Quiero terminar este texto hablando específicamente de la mujer que me dio la vida. Es una mujer luchadora, toda la vida le ha tocado sola con mi hermana

y conmigo porque nunca tuvo un apoyo importante por parte de mi papá. No tiene preferencias en las marcas de ropa, es una mujer muy sencilla al momento de vestirse. Le gusta comer en buenos lugares, no necesariamente en lugares caros, sino donde la comida sea rica y bien preparada. Es estricta, exigente y de temperamento fuerte, pero también es amorosa, comprensiva, justa y tolerante. Le gusta mucho viajar y conocer lugares nuevos; la naturaleza y los lugares frescos la tranquilizan mucho. Ella es la única persona en la que puedo contar para cualquier problema o situación pues siempre me aconseja. Para mí es un ejemplo a seguir y espero superarme profesionalmente y darle todo lo que ella quiera, recompensarle cada una de las cosas que hizo por mí y dedicarle todo el tiempo posible, porque ha sido una madre maravillosa.

---

**Iara Sofía Patiño Marroquín**

Es estudiante del programa de Ciencia Política de la Universidad Icesi.